

Wesley y el género de Lucas

(3 de 5)



Dr. Justo L. González

CIEMAL
Costa Rica
2013

Wesley y el género en Lucas (3 de 5)

Una de las principales contribuciones de las últimas décadas a la interpretación bíblica ha sido el redescubrimiento de las cuestiones de género como clave hermenéutica, al menos para ciertos textos. Ahora bien, de todos los escritos del Nuevo Testamento, son los de Lucas—su Evangelio y Hechos—los que más se refieren a las mujeres y su lugar en la historia de la salvación.

La historia del nacimiento de Jesús se cuenta únicamente en los Evangelios de Mateo y de Lucas. Estamos tan acostumbrados a leer esas dos historias como si fueran una, que no nos damos cuenta de que Mateo se ocupa más de José que de María. En ese Evangelio, se nos dice que María estaba comprometida con José y que "se halló que había concebido del Espíritu Santo" (Mt 1.18). Pero luego la atención se centra en José y en su reacción al enterarse de que su prometida estaba encinta. De la propia María no se nos dice cuál fue su reacción. Lo que es más, al llegar al nacimiento mismo no se menciona a María, sino que Mateo dice que "Jesús nació, en Belén de Judea, en días del rey Herodes" (Mt 2.1). Mateo no vuelve a mencionar a María hasta que nos dice que los magos de oriente "al entrar en la casa, vieron al niño con María, su madre" (2.11). Viene entonces la huida a Egipto, y en ella el personaje central es José, a quien el ángel da instrucciones y quien "tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto. Estuvo allí hasta la muerte de Herodes" (Mt. 2.14-15). Nótese que el sujeto de todos estos verbos es José, quien "tomó", "se fue" y "estuvo".

En agudo contraste, en la narración de Lucas las mujeres tienen un lugar central. Al principio de este Evangelio, la atención se concentra en Zacarías, de quien se dice que estaba casado con Elisabet, y que "ambos eran justos delante de Dios y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lc 1.6)—*ambos*. Viene entonces la visión de Zacarías, en la que se le anuncia que Elisabet, su esposa, hasta entonces estéril, concebirá. Entonces la narración pasa de Judá a Nazaret, donde tiene lugar la anunciación. En ella los únicos dos personajes son el ángel Gabriel y María. A José ni se le menciona. A esto sigue la historia de la visitación, cuando María va a Judá a visitar a su parienta Elisabet. Al sentir saltar a la criatura en su vientre, Elisabet exclama: "¿Por qué se me concede a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?" (Lc 1.43)—con lo cual Elisabet viene a ser la primera persona en el Evangelio de Lucas que testifica del señorío de Jesús. Es en esa visita que María expresa su cántico de alabanza, el *Magnificat* al que ya nos hemos referido y que, como hemos visto, tiene matices revolucionarios. Entonces, al nacer Juan, su padre Zacarías entona también un cántico.

Aquí, en los cánticos de María y de Zacarías, vemos por primera vez algo que ocurrirá repetidamente en Lucas y en Hechos: episodios y parábolas en los que van apareados una mujer y un hombre—en este caso, los dos cánticos, de María y de Zacarías.

Cuando llega el día en que, en cumplimiento de la Ley, el niño ha de ser redimido mediante un sacrificio, le llevan al Templo, y allí hay dos personas que dan testimonio de Jesús. Una de ellas es Simeón, de quien se nos dice que era "justo y piadoso", y quien pronuncia el himno que hoy

conocemos como el *Nunc dimittis*: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz". Pero la otra persona es la anciana Ana, quien era profetisa y "no se apartaba del Templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones", y quién "daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén" (Lc 1.27-38). Una vez más, es una mujer quien da testimonio de Jesús.

Al comienzo de su ministerio, en su sermón en la sinagoga tras leer el texto de Isaías, Jesús toma dos personas como ejemplo, la viuda de Sarepta en tiempos de Elías, y Naamán el leproso en tiempos de Eliseo. Poco después, Lucas nos dice que Jesús hizo muchos milagros de sanidad, pero la única persona que se menciona específicamente es una mujer, la suegra de Pedro.

En el capítulo 6, tenemos la historia del milagro en la sinagoga, curando al hombre que tenía seca la mano derecha. De inmediato, este episodio no parece tener paralelo. Pero si seguimos leyendo, encontramos en el capítulo 13 la historia de otro milagro en la sinagoga, en este caso sanando a una mujer que estaba encorvada. Los dos milagros son paralelos: ambos tienen lugar un sábado en la sinagoga; el hombre tenía la mano derecha seca, y la mujer estaba encorvada de tal manera que no se podía enderezar; en ambos casos, lo que se debate no es el poder de Jesús para sanar, sino si es lícito hacerlo en el día de descanso; y ambos terminan con la confusión e ira de los líderes de espíritu legalista, que ponen la obediencia a la Ley por encima de la compasión.

Entre esos dos milagros, uno referente a un varón y el otro a una mujer, hay otros. En uno de esos pares, en el capítulo 7, aparecen dos milagros paralelos. En el primero de ellos, Jesús sana al siervo del centurión. En el segundo, resucita al hijo de una viuda en Naín. Y al final del mismo vemos el contraste entre el fariseo que invita a Jesús a comer y la mujer pecadora con el frasco de perfume. Mientras el fariseo ni siquiera hizo lavar los pies de Jesús, la mujer se los lava con sus lágrimas, y los enjuga con su cabello.

En el capítulo 8 aparece la historia de la hija de Jairo, quien viene a Jesús pidiéndole que sane a su hija moribunda. Pero antes de que Jesús pueda contestarle, la historia se interrumpe con el episodio de la mujer con flujo de sangre. Es sólo después que esa mujer ha sido sanada que Lucas vuelve a Jairo y su petición. Luego, en estos milagros apareados, tenemos uno, el de la mujer enferma, envuelto dentro de otro, el de Jairo y su hija.

En el capítulo 13 aparecen dos parábolas paralelas, ambas diciendo lo mismo, pero una sobre un varón y la otra sobre una mujer. Jesús busca a qué comparar el reino de Dios, y lo compara primero con el grano de mostaza que un hombre sembró en su huerto, y luego a la levadura que una mujer tomó y mezcló con tres medidas de harina. Si el hombre que sembró la semilla es un modo de aludir a Dios, quien ha sembrado la semilla del reino, entonces la mujer que puso la levadura en la masa es también un modo de aludir a Dios. Y en el 15 aparecen de nuevo dos parábolas paralelas, la de la oveja perdida y la de la moneda perdida. En la primera, Dios es como un hombre que pastorea cien ovejas y pierde una. En la segunda, Dios es como una mujer

que tiene diez monedas y pierde una. Y más adelante, en el capítulo 17, cuando Jesús habla de lo inesperado del día final, y de cómo separará a los justos de los malos, habla primero de "dos" que parecen ser una pareja, aunque su género no se indica; luego, de dos mujeres; y, por último, de dos hombres: "Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama: el uno será tomado y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas: la una será tomada y la otra dejada. Dos estarán en el campo: el uno será tomado y el otro dejado" (Lc 17.34-36).

Al principio del capítulo 21 hay otra historia en la que se habla primero de un grupo de varones y después de una mujer a la que Jesús exalta por encima de los varones en la historia. Los varones son los ricos, que echaban su dinero en el arca de las ofrendas. La mujer es "una viuda muy pobre que echaba dos blancas" en el arca de las ofrendas. Y Jesús enaltece a la viuda pobre por encima de los ricos, diciendo que ella dio más que ellos, porque ellos dieron de lo que les sobraba, mientras ella dio de lo que necesitaba.

En cuanto al libro de Hechos, casi al principio Pedro cita un pasaje del profeta Joel en el que se anuncia que Dios derramará de su Espíritu sobre toda carne. Para subrayar el carácter universal de esa dádiva del Espíritu, el pasaje que Pedro cita utiliza tres pareados: "vuestros hijos/ vuestras hijas; vuestros jóvenes / vuestros ancianos; mis siervos / mis siervas". Nótese que dos de esos tres pareados se refieren al género de las personas aludidas. Luego, parte de lo que el pasaje subraya es la igualdad entre varones y mujeres cuando de recibir el Espíritu se trata.

Más adelante, en la historia de Ananías y Safira, vemos que, de igual manera que la dádiva del Espíritu no se limita a un solo género, tampoco el pecado se limita a un solo género, pues el modo en que Lucas narra la historia nos hace ver que Ananías y Safira son igualmente pecadores, y que ambos pagan el mismo precio por su pecado.

También en Hechos aparece el paralelismo de género en lo que a milagros se refiere. Al principio mismo del libro, Lucas nos dice que los doce "perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres" (Hch 1.13). En el capítulo 9, cuando se cuenta de la misión de Pedro en los territorios de Lida, Sarón y Jope, vemos primero el milagro de la curación del paralítico Eneas, y luego la resurrección de Dorcas. Y en todo el libro se habla repetidamente de "hombres y mujeres": los que creían eran "gran número de hombres y de mujeres" (Hch 5.14); Saulo asolaba a la iglesia, "arrastrando a hombres y mujeres" (Hch 8.3); en Samaria, en respuesta a la predicación de Felipe, se bautizaban "hombres y mujeres" (Hch 8.12); Saulo salió para Damasco en busca de "hombres o mujeres de este Camino" (Hch 9.2).

En resumen, tanto en Lucas como en Hechos, y tanto en las parábolas como en los pasajes narrativos, se nos presentan referencias paralelas a varones y a mujeres.

Es por esto que se ha dicho repetidamente que, entre todos los evangelistas, es Lucas quien más claramente se ocupa de las mujeres y de su lugar en la historia que cuenta.

Pero el lugar que las mujeres tienen en la narración lucana no se limita a tales pareados. En Lucas y Hechos hay varias mujeres que son líderes en la iglesia, y dignas de mención. Frecuentemente nos imaginamos que Jesús iba de un lugar a otro acompañado solamente por los discípulos que después serían conocidos como apóstoles. Tal cuadro puede ser compatible con Mateo, Marcos y Juan; pero no con la narración de Lucas. En Lucas 8.1-3 leemos las siguientes palabras.

Aconteció después que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando el evangelio del reino de Dios. Lo acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, Susana y otras muchas que ayudaban con sus bienes.

Nótese que aquí una vez más Lucas pareo un grupo de varones, "los doce", con otro de mujeres. Pero en este caso nos da algunos nombres—no todos, pues Lucas dice que además de las tres nombradas había "otras muchas". Las mencionadas por nombre son María Magdalena, Juana y Susana. María Magdalena aparecerá de nuevo en la historia de la pasión.

La segunda mujer que se menciona, Chuza, no aparece en ningún otro lugar del texto bíblico. Su esposo era intendente de Herodes Antipas—no el Herodes de la matanza de los inocentes, sino su hijo. Lucas no nos dice que fuera viuda, y por tanto la imagen que se nos presenta es la de una mujer que ha dejado a su esposo, un hombre relativamente poderoso y pudiente, para seguir a Jesús.

De la tercera, Susana, no se nos da más que el nombre. Pero el hecho mismo de que Lucas la menciona sin decir más de ella da a entender que esperaba que sus lectores supieran quién era, y que por tanto debió haber sido un personaje de alguna importancia en la iglesia primitiva.

En todo caso, Lucas nos dice que estas tres mujeres, y "otras muchas" acompañaban a Jesús y "ayudaban con sus bienes". Esto da a entender que se trataba de mujeres relativamente pudientes, y resulta en un cuadro muy diferente del que nos imaginamos. Jesús y sus discípulos no andan vagando y viviendo de las limosnas de quienes se acercan a él, como lo entendían e imitaban los primeros franciscanos, sino que ¡eran las mujeres quienes pagaban las cuentas!

La historia de esas mujeres no termina ahí, sino que tanto Lucas como los otros evangelistas nos dicen que María Magdalena y varias otras mujeres estaban al pie de la cruz, y que fueron más fieles que todos los demás varones, excepto Juan. Marcos y Mateo parecen reconocer, en esa última hora, que estas mujeres habían provisto el sustento para Jesús y los suyos. Mateo nos dice que "habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndolo" (Mt 27.55). Y Marcos dice que cuando Jesús estaba en Galilea estas mujeres "lo seguían y lo servían" (Mc 15.40). Pero, al no mencionar que ese servicio era "con sus bienes", como lo hace Lucas, dan a entender que estas mujeres ayudaban a Jesús casi como sirvientas, y no—como en el caso de Lucas—con su apoyo económico.

Hay cierto paralelismo entre el pasaje en Lucas 8, sobre las mujeres que sostenían a Jesús con sus bienes, y lo que nos dice Lucas en Hechos 16 acerca de Lidia de Tiatira. Según esa narración, de todos conocida, Lidia era vendedora de púrpura, uno de los tintes más costosos de la antigüedad—al punto que una capa teñida de púrpura se consideraba señal de grandes riquezas y de poder. Luego, Lidia debe haber sido una persona acaudalada. Es ella quien en Filipos se convierte al cristianismo e invita a Pablo y sus acompañantes a hospedarse en su casa. Es sabido que Pablo no gustaba de deberles favores a sus seguidores, y que por eso insistía en sostenerse a sí mismo con el trabajo de sus manos. Pero en este caso accedió a la invitación de Lidia. Que Lidia no era solo rica, sino también una mujer de carácter firme, se ve en las palabras de Hechos, "nos obligó a quedarnos" (Hch 16.15). Lidia fue el comienzo de la iglesia en Filipos, y por tanto no ha de sorprendernos el que después esa iglesia se haya distinguido por su apoyo al proyecto de Pablo de recoger una ofrenda para los fieles empobrecidos de Jerusalén.

Poco después de la conversión de Lidia en Filipos, Lucas introduce en la narración a una pareja de judíos que habían tenido que salir de Roma porque el emperador Claudio había expulsado a los judíos de la ciudad. Generalmente los conocemos como "Aquila y Priscila". Pero en Hechos aparecen casi siempre como "Priscila y Aquila". Esta mujer, a quien Lucas llama por el nombre familiar de "Priscila" es la misma "Prisca" que tiene un lugar importante en Romanos y en 1 Corintios. Pues bien, cuando el judío alejandrino Apolos llega a Éfeso y se muestra predicador elocuente y poderoso, pero equivocado en algunos puntos de doctrina, son Priscila y Aquila—en

ese orden—quienes le instruyen mejor en el camino del Señor. En otras palabras, ¡Lucas nos presenta a Priscila como profesora de teología!

Además, sin dar más detalles, Lucas nos dice que entre quienes creyeron en Tesalónica había "gran número de griegos piadosos y mujeres nobles no pocas" (Hch 17.4); que en Berea muchos creyeron, y que entre ellos se contaban "mujeres distinguidas"; y que en Atenas, donde el éxito de Pablo fue menor, entre los que creyeron se contaban "Dionisio el areopagita y una mujer llamada Dámaris" (Hch 17.34)—a quien se hizo esposa de Dionisio en la tradición posterior, aparentemente incapaz de aceptar la idea de una mujer que tomara decisiones y decidiera seguir a Jesús por su propia cuenta.

Por último, para completar el cuadro del género en las narraciones de Lucas, es necesario detenemos a considerar el episodio de la visión del varón macedonio, y su secuela en Filipos. Es importante señalar que la palabra que aquí se emplea, *aner*, recalca la masculinidad de este personaje que se le aparece a Pablo. Ahora este varón le pide a Pablo "pasa a Macedonia y ayúdanos" (Hch 16.9). En obediencia a la visión, Pablo y sus acompañantes parten con premura, cruzan el estrecho de los Dardanelos y, aparentemente sin detenerse en Samotracia ni en Neápolis, llegan por fin a Filipos, donde siguen el procedimiento que han seguido en otras ciudades: van en busca de la sinagoga o lugar de reunión de los judíos, para predicarles primero a ellos. Pero en Filipos no hay sinagoga, y aparentemente los judíos de la ciudad acostumbran a reunirse los sábados en las afueras de la ciudad, junto al río. En todo esto, van siguiendo la

visión del *varón* macedonio; ¡pero lo que encuentran junto al río no es una sinagoga, que solamente podía constituirse como tal si tenía cierto número de varones, sino un grupo de mujeres! A estas mujeres se dirigen, y entre ellas está la ya mencionada Lidia de Tiatira, quien se convierte, se bautiza y se vuelve pilar de la que parece haber sido la iglesia favorita de Pablo.

En todo esto se ve cierta ironía. El Espíritu le envía a Pablo la visión de un varón, ¡y lo que encuentra en Filipos son unas mujeres! Probablemente lo que frecuentemente se dice acerca de los prejuicios antifemeninos de Pablo sea una exageración, y quizá hasta un error. Pero si Pablo era partícipe de tales prejuicios, comunes en su época, Lucas nos presenta al Espíritu Santo sobreponiéndose a ellos al enviarle a Pablo la visión del varón macedonio, cuando lo que hay en Filipos es un grupo de mujeres.

Hay muchos otros ejemplos que podrían darse. Uno de ellos es la referencia, en Hechos 21.9, a las cuatro hijas de Felipe que predicaban. Todo esto nos da a entender que el tema del género, del valor y fuerza de las mujeres y de su lugar en la iglesia es tema que le interesa a Lucas. Todos esos apareados de mujeres y varones a que nos hemos referido, el dato no mencionado por los otros evangelistas, que eran las mujeres quienes sostenían a Jesús y su ministerio, y la presencia de mujeres fuertes tales como María Magdalena, Lidia y Priscila, bastan para probarlo.

Tal es el tema del género en Lucas. Pero haríamos mal en dejarlo ahí, sin decir algo de lo que sucedió con el testimonio lucano casi tan pronto como Lucas dio a conocer sus escritos. Para

señalar esto, me permito enfocar la atención sobre la historia del texto de Hechos. Como frecuentemente sucede con otros textos antiguos, el libro de Hechos—y otros en el Nuevo Testamento—nos ha llegado principalmente a través de dos tradiciones manuscritas. Estas son generalmente conocidas como "el texto alejandrino" o "común" y el "texto occidental". En el caso de Hechos, más que en el de otros libros del Nuevo Testamento, las diferencias son notables. Los eruditos concuerdan, por una parte, en que el texto alejandrino es el más fiel a los escritos originales y, por otra parte, en que el texto occidental se remonta hasta unas pocas décadas después que Hechos fue escrito.

Es importante señalar que desde aquella fecha temprana en que se produjo el texto occidental se ven esfuerzos por atenuar el modo en que Hechos presenta las cuestiones de género. Así, por ejemplo, el texto original de Hechos se refiere siempre a "Priscila y Aquila", en ese orden—excepto en un caso en el que cuestiones de índole gramatical requieren lo contrario. Pero el texto occidental invierte ese orden, de modo que ahora, en lugar de ser "Priscila y Aquila", son "Aquila y Priscila". En Hechos 17.12, donde el texto común u original dice que en Berea creyeron "mujeres distinguidas y no pocos hombres", el occidental dice que creyeron "mujeres y no pocos hombres distinguidos". Y en algunos casos, el texto occidental sencillamente oculta el papel de las mujeres—como en Hechos 17.34, donde el nombre de Dámaris sencillamente se omite.

A partir de entonces, buena parte de lo que Lucas nos dice respecto al género queda oculto bajo capa tras capa de interpretación que hemos recibido de generaciones anteriores, y por tanto resulta urgente, para el bien de la iglesia, que continuemos descubriendo y desenterrando todo eso que ha quedado oculto. En esa tarea, las muchas mujeres que hoy se dedican al estudio cuidadoso del texto bíblico están haciendo una gran contribución.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con Wesley y el metodismo? La actitud de Juan Wesley ante el liderato femenino fue vacilante. Por un lado, su inclinación hacia el orden establecido, y su interés en distinguir el metodismo de los cuáqueros le llevaba a resistir el liderato femenino. Pero por el otro lado estaba la herencia de su madre Susana, así como la clara manifestación de lo que el Espíritu estaba haciendo a través de las mujeres dentro del metodismo mismo.

En cuanto a Susana, cuando su esposo Samuel estaba ausente en Londres, fue ella quien se ocupó de dirigir el culto entre sus feligreses. Al enterarse de tal cosa, las autoridades anglicanas le pidieron a Wesley que controlara el atrevimiento de su esposa. La respuesta de Susana muestra cuán difícil era la cuestión, pues cuando su esposo le dijo que debía dejar tales actividades, ella le contestó que, puesto que él era su esposo, si él se lo ordenaba ella le obedecería, pero que, si no era más que una sugerencia, ella seguiría haciendo lo que está haciendo. El resultado fue que Samuel, aparentemente bastante a regañadientes, la dejó hacer.

En cuanto al liderato femenino dentro del metodismo, este se desarrolló espontáneamente. Ya en el 1742, apenas cuatro años después de la experiencia de Aldersgate, en un listado de los líderes de la sociedad metodista de Londres, de entre 66 nombres, 17 son varones, y 49 mujeres. No era raro el caso de mujeres que servían de líderes para una clase metodista compuesta exclusivamente de varones. Cuando una de ellas comenzó a dudar de lo que estaba haciendo, Wesley la exhortó a continuar. De igual modo, hay varios pasajes en los que Wesley comenta favorable y hasta entusiastamente sobre las oraciones públicas de algunas mujeres.

A pesar de todo eso, por largo tiempo Wesley insistió en que las mujeres, aun cuando fueran líderes en sus clases, no debían predicar. Según él, lo que se anuncia en Pentecostés, en el sentido de que las mujeres han de profetizar, no se refería a la predicación. Y según él, tampoco las cuatro hijas de Felipe eran predicadoras. El orden exigía que la predicación fuera tarea exclusiva de varones ordenados para ella.

Pero el movimiento del Espíritu era innegable e irresistible. Primero vinieron los predicadores laicos varones. Al escuchar su predicación, Wesley llegó al convencimiento de que prohibirles predicar sería resistir al Espíritu. Y luego vinieron las predicadoras, cuya labor, a pesar de no ser reconocida oficialmente, producía frutos abundantes. En el 1761, Wesley autorizó a Sarah Crosby como predicadora itinerante—tarea en la que continuó por 20 años. A esta siguieron varias otras. Mary Bosanquet, predicadora a partir del 1771, diez años más tarde se casó con John Flechar, unos de los principales colaboradores de Wesley, continuó predicando por el resto

de sus días. Y comentando sobre su ministerio declaró que lo mucho que había sufrido por razón de los impíos y los incrédulos no era comparable con lo que había tenido que soportar por parte de profesores de religión y de ministros del evangelio. Elizabeth Tonkin fue predicadora activa, al tiempo que criaba once hijos. En Irlanda, Margaret Davidson, a pesar de ser ciega de nacimiento, lograba centenares de conversos a través de su predicación.

Todo esto comenzó a cambiar tras la muerte de Wesley. Preocupados por las críticas y por el supuesto "escándalo" de permitir a las mujeres predicar, los nuevos líderes del metodismo comenzaron a ponerles trabas cada vez más onerosas a las mujeres predicadoras. Ya en el 1803, unos doce años tras la muerte de Wesley, la conferencia se preguntaba si era lícito que las mujeres predicaran. Pronto no se les permitió sino dirigirse a audiencias femeninas, y siempre bajo supervisión masculina.

En resumen, lo que ocurrió con Wesley y el metodismo fue curiosamente paralelo a lo que ocurrió con Lucas y el texto occidental de sus escritos. La apertura de Lucas chocó con los prejuicios y tradiciones de su época. La apertura de Wesley chocó con los de su época, de tal modo que pronto que aquella apertura quedó eclipsada y hasta olvidada. La apertura de Lucas se fue haciendo más difícil según la iglesia se fue organizando y estableciendo reglas para su gobierno. La apertura de Wesley se fue haciendo más difícil según el metodismo se fue organizando y estableciendo reglas para su propio gobierno.

Hoy, por fin, comenzamos a redescubrir estos elementos olvidados tanto en Lucas como en Wesley. Y por esto hemos de dar gracias a Dios y a un número de mujeres fuertes a la usanza de Susana Wesley, de Sarah Crosby y de Margaret Davidson. ¡Alabado sea el Dios que nos ha dado tales líderes!

